

Y él, cargando su cruz, salió...

Por Tevni Grajales

Texto bíblico: Juan 19: 17-18

El propósito de este mensaje apelar a la conciencia de los hermanos, por medio del ejemplo de Jesús, para vivir una vida de total sumisión (obediencia) a la voluntad de Dios en el servicio que se orienta hacia las realidades celestiales y los valores eternos.

Quisiera invitarles para que reflexionemos juntos y bajo la dirección del Espíritu en las primeras seis palabras del versículo 17 que según la versión revisada del año 60 dice: “Y él, cargando su cruz, salió...”

La primera de estas seis palabras es la conjunción y. Ella nos recuerda que el texto tiene un contexto. Este pasaje es parte de una sección del evangelio de Juan que comienza en el capítulo 18 y termina en el capítulo 19. En esos capítulos se relata la pasión, muerte y sepultura de Cristo desde el Getsemaní el jueves de noche, hasta la tumba de José de Arimatea el viernes cerca de la puesta de sol.

Esa letra y evoca una secuencia de hechos, lugares y personas que han sido presentados en el contexto inmediato. Los hechos: la cena pascual, la traición y el arresto, el juicio en casa de Anás, la negación de Pedro, el juicio en el Sanedrín, el primer encuentro con Pilato, la visita al palacio de Herodes, el juicio y la sentencia en el tribunal de Pilato.

Exactamente de eso se trata. Después de haber declarado al reo como una persona inocente, Pilato lo sentencia a la muerte. Los intereses personales de Pilato, su demencial

apego al cargo que tenía, su sensibilidad política, el temor a las consecuencias que podrían resultar de actuar de manera justa, contrarrestaron los influjos del Espíritu Santo y oscurecieron su sentido de la justicia y el deber. La sentencia está dada y los verdugos, habiéndose ensañado en el reo, inician su traslado hacia el lugar de ejecución.

La segunda palabra del texto es el pronombre él. ¿Quién es él?. El es el personaje central del drama: Jesús de Nazareth; un hombre joven, no muy apuesto; bastante bien conocido en Judea, Samaria y Galilea. Pero no es un hombre ordinario. En toda la historia, no ha existido otro como él. Si usted lo hubiese visto, le habría sido obvio que era un hombre. Tuvo hambre, tuvo sed y su cuerpo necesitaba descanso. Las personas pueden visitar el lugar de su nacimiento; él identificó de manera pública quién fue su madre y reconoció a sus hermanos y hermanas. El era completa y verdaderamente un hombre. Pero igualmente era obvio que se trata de alguien más que humano. Nicodemo reconoció la excepcionalidad de Jesús al decir: “nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (Juan 3:2 up.).

Los filósofos nos dicen que Jesús fue el mejor hombre que alguna vez vivió en este planeta. Pero necesitan comprender que él no fue simplemente un hombre justo y ni siquiera el mejor de los hombres. El fue Dios manifestado en carne. El no es simplemente un hombre de Dios, él es Dios hecho hombre. Esto significa que Jesús era el eterno, santo y omnipotente Dios, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas. El era el reo que la injusticia y los mezquinos intereses humanos acababan de condenar a muerte, el reo en el pasillo de los condenados a muerte.

Esta mañana mientras adoramos a Dios en este agradable lugar, hay decenas de personas que han sido condenadas y esperan su ejecución en algunas de las cárceles del

mundo. Algunos de ellos sostienen que son inocentes, otros se enorgullecen de ser culpables pero ninguno de ellos está condenado a pesar de haber sido declarado inocente por sus jueces, como lo fue Jesús.

La tercera palabra de nuestro texto indica una acción continuada, la acción de cargar o llevar. Implica la acción de trasladar una cosa sobre sí. Son muchas y muy variadas las cosas que las personas pueden llevar o cargar. Algunos llevan pesados fardos con productos o materiales para el comercio, la construcción o para suplir sus necesidades personales. Los alumnos y maestros cargan sus libros, cuadernos, materiales y equipos. Los trabajadores manuales o profesionales llevan sus herramientas y equipos.

Y este Jesús ¿qué lleva? La respuesta nos la indican la cuarta y quinta palabra del texto. Jesús lleva **su cruz**. Jesús lleva algo que es suyo, le pertenece a él; no es de otro ni hay otro que pueda cargarlo en su lugar. Lleva su herramienta de trabajo; lleva su cruz. El acto de cargar esa cruz es un acto voluntario por parte de Jesús y nos recuerda su invitación: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz... (Mateo 16:24).

Una de las características más admirables de Jesús como líder, es que nunca ha pedido a otros hagan algo él no esté dispuesto a hacer por sí mismo. ¡Helo aquí cargando su cruz! Pudo evitar llevarla pero la aceptó voluntariamente.

El evangelista Juan, en el texto que estamos estudiando, registra que Jesús llevó su cruz y parece referirse específicamente al momento cuando sale por la puerta del pretorio. Según la costumbre de los romanos, el criminal que iba a ser crucificado tenía que llevar su propia cruz. Juan no dice nada de lo que ocurrió en el camino; dejando una impresión aparentemente equivocada en el lector a menos que éste lea los otros

evangelios en los que se informa que Simón de Cirene fue forzado a llevar la cruz. Pero creo que en esta aparente omisión se esconde un mensaje más profundo del que se logra en la superficie.

El evangelio de Juan, según algunos teólogos, destaca el sentido misional de la vida de Jesús y afirman que el tema central del libro es la Misión. Jesús, quien estaba con Dios y era Dios, vino al mundo con una misión. Y la crucifixión aparece en este texto como la conclusión de su obra. Toda su actividad misional encuentra en la crucifixión su definitiva realización. El mundo puede pensar que se trata de un final desastroso, porque no conoce la realidad de Cristo; pero en verdad se trata de un final victorioso en el que Jesús tiene clara conciencia de estar terminando su obra (Juan 19:30).

Parece que Juan pudiera haberse referido a una cruz diferente a la que mencionan los otros evangelistas. Pues, como ya mencionamos antes, de tratarse del trozo de madera que llevaban los condenados, es evidente que el lector de Juan quedaría con la falsa impresión de que Jesús lo llevó a lo largo de todo el camino hasta el calvario. ¿Será que Juan no acompañó a su maestro a lo largo de su camino y por eso no supo que Simón llevó la cruz de Jesús?

No, yo creo que Juan habla de una cruz diferente. Se trata de la cruz que, con diferencias individuales, le corresponde llevar a cada persona que viene a este mundo. Notemos que el texto de Juan no dice: “y él, cargando la cruz”; tampoco dice “y él, cargando una cruz”, sino que dice: “su cruz”. A propósito!, no olvidemos que la cruz en la que Jesús fue crucificado, en principio no era su cruz, más bien parece haber sido la cruz que correspondía a Barrabas; el sentenciado a muerte que a la última hora fue indultado. Esa cruz, una pesada pieza de madera, fue quitada de sobre Jesús y puesta

sobre Simón de Cirene. Pero la cruz de Jesús, era otra. La suya era una cruz cuyo peso era tal que ninguna otra persona, ni en el cielo, ni en la tierra pudo llevar. Su cruz la describe el profeta Isaías en el capítulo 53 con frases como estas: el “castigo de nuestra paz fue sobre él” (v.5) y “mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (v.6).

La cruz de Jesús es la cruz que él cargó desde el momento en que el ser humano pecó. Y una vez que Jesús se encarnó, a lo largo de su vida en este planeta llevó su cruz: el peso de la obediencia a la voluntad de Dios. El obedecer no es algo natural ni fácil de lograr en el ser humano en pecado. Y es algo que Dios no había experimentado. Tal vez por eso es que las calumnias de Lucifer contra Dios hallaron eco en la lógica de los seres celestiales. Lucifer en su rebelión insinuaba: “Dios quiere que lo obedezcan, que le obedezcan por amor; pero, ¿acaso sabe él lo que es obedecer?” La calumnia contra Dios también incluye la idea de que la obediencia que Dios pide es algo imposible para los seres humanos, que la obediencia a la voluntad de Dios expresada en sus mandamientos es una cruz pesada; imposible de llevar!

Pero, ¡he aquí en el vestíbulo del pretorio a Dios!, “hecho semejante a los hombres”, llevando la cruz “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2: 8 up.). No, no se trata de una pieza de madera. Se trata de una vida de obediencia y apego a la voluntad de Dios. La misión de Cristo en esta tierra contenía un elemento muy importante y característico que lo llegó a distinguir entre los demás seres humanos: su irrestricta sumisión a la voluntad de Dios. Y al aceptar dicha voluntad, llevó sobre sí los pecados de todos nosotros. Al respecto, el apóstol en su carta a los Hebreos dice: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (vrs.

8 y 9). La cruz de Jesús es la cruz de la obediencia, la cruz de la sumisión y la humillación, la cruz del renunciamiento personal por amor, la cruz del servicio desinteresado, la cruz que resulta de creer todo, esperar todo y soportar todo. La cruz del amor.

La última palabra de nuestra porción bíblica indica una acción: salió. Y surgen las preguntas: ¿de dónde salió? ¿y hacia dónde salió? Al salir, Jesús traspuso al menos dos puertas: la puerta del pretorio donde lo prepararon para la crucifixión y más adelante, en su camino, salió por una de las puertas de la ciudad. Por lo que podemos decir que Jesús salió del pretorio para dirigirse por las estrechas calles hasta salir de la ciudad. Era imperativo que Jesús saliera no sólo del pretorio sino de la misma ciudad; porque no se permitía ninguna ejecución dentro de los muros de la ciudad.

Este salir de la ciudad también tiene un antecedente ritual en el ceremonial judío según leemos en Levíticos 16 “y sacarán fuera del campamento el becerro y el macho cabrío inmolados por el pecado, cuya sangre fue llevada al santuario para hacer la expiación” (v. 27 pp.). Jesús es el antitipo del cordero y del macho cabrío de la expiación en el ceremonial del día de la expiación lo cual es confirmado por el apóstol en el capítulo 13 de su carta a los Hebreos “Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (v.12). Jesús es sacrificio y Sumo Sacerdote de los vienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Cap. 9: 11 y 12).

Jesús pues salió en cumplimiento de su misión al encuentro de su glorificación y salió solo, nadie estuvo con él. Los discípulos en más de una ocasión habían manifestado la voluntad de ir con él hasta la muerte; pero esta vez, a la hora de la verdad, ninguno le acompañó. El evangelista Juan nos cuenta que cuando le comunicaron a Jesús que su amigo Lázaro había muerto Jesús dijo: “Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: vamos también nosotros, para que muramos con él” (11:14-16). Y Mateo, el evangelista, registra que unas horas antes de que Jesús saliera del pretorio con su cruz “Pedro le dijo: aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (26:35). Pero ahora, este viernes de mañana, Jesús salía del pretorio, y de la ciudad, llevando su cruz, sólo.

Pero este hecho no significa que sólo él tiene una cruz que cargar y una ciudad que abandonar. Mientras contemplamos, con los ojos de la imaginación, podemos ver a Jesús salir, con su cruz, rumbo al lugar llamado de la Calavera; y también podemos escuchar en lo más recóndito de nuestro ser interior las palabras que resuenan a través de los siglos y dirigidas a los seres humanos de todos los tiempos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame” (Mateo 16:24).

El texto de meditación de esta mañana nos señala dos cosas que debemos hacer:

1. **Tomar nuestra cruz.** La cruz de la obediencia a la voluntad de Dios. Es tiempo de darnos a la tarea de conocer los planes de Dios para nuestra vida y asumir nuestro deber con gozo. Necesitamos definir con claridad cuál es la misión que Dios tiene para nosotros. De la manera como sucedió con Saulo de Tarso, también nosotros, postrados en el polvo de nuestra insignificancia, debemos preguntar

“¿Señor, qué quieres que haga?”. Cuando tengamos la respuesta a esta pregunta descubrimos la segunda cosa que tenemos que hacer y esta es: salir de nuestra ciudad. ¿Saben a qué me refiero? El apóstol lo explica claramente en el capítulo 13 de la carta a los Hebreos: “salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (vrs. 13 y 14).

2. **Salir de nuestra ciudad.** Hermanos, tomar nuestra cruz y salir implica redefinir nuestras prioridades. Donde están tus valores, allí está también tu corazón. Salir para seguir a Cristo significa renunciar no sólo al pecado sino a muchas cosas buenas y dignas que nos hacen más ciudadanos de esta tierra y extraños a la ciudad de Dios. La ciudad que tenemos que abandonar es una ciudad transitoria construida con títulos y grados académicos, con cargos de aparente influencia y poder, con prestigio, con riqueza, con reconocimiento humanos, con seguridad económica, con la búsqueda de nuestra realización personal, y muchísimas cosas más. Todas pasajeras. Es la ciudad de las apariencias, de la hipocresía y de la falsedad, la ciudad del más competente, del más vivo, del más fuerte, del mejor político. La ciudad del ¡sálvese quien pueda! Hay que salir de nuestra ciudad como Abraham salió de Ur de los caldeos y como Lot escapó de la destrucción de las ciudades de la llanura.

Una vez que Jesús llegó al monte de la Calavera, dice Juan, que allí le crucificaron, y con él otros dos, uno a cada lado, y Jesús en el medio (19:18). En ese escenario se levantaron tres cruces: la cruz de la rebelión, la cruz del arrepentimiento y la cruz de la redención.

La cruz de la rebelión: “Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros” (Lucas 23:39) La cruz de la rebelión es la cruz del corazón orgulloso insensible o que se resiste a reconocer su culpa, la cruz de quien que prefiere desperdiciar los pocos momentos de vida despreciando la oportunidad de recibir al Salvador. Es la cruz de quien dice: ¡Nadie me va a decir cómo debo de vivir mi vida! ¡No tengo que rendirle cuentas a nadie! ¡No necesito misericordia!

Timothy McVeigh, es un culpable confeso de la explosión que en abril de 1995 destruyó un edificio federal en la ciudad de Oklahoma y mató a decenas de personas. El también espera su ejecución señalada para el próximo 16 de mayo del 2001. Se trata de una persona que confiesa haber cometido el criminal atentado y una persona que al mismo tiempo no manifiesta ningún grado de remordimiento, y mucho menos arrepentimiento, por su delito. El desea ser ejecutado y aspiraba a que su ejecución se transmitiera, en vivo, a todo el mundo. Los periodistas que lo han entrevistado sienten un gran desprecio y rechazo por él. También hay muchos otros que transitan libremente por las calles de pueblos y ciudades, tal vez con pecados menos escandalosos pero ocultos en su corazón no arrepentido. Personas que comparten con Timothy un mismo espíritu de rebelión y rechazo a la misericordia de Dios.

La segunda cruz es la cruz del arrepentimiento: “Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿ni aún temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mi cuando vengas en tu reino” (Lucas 23: 40-42) La segunda cruz es la cruz del corazón que una

vez en rebeldía fue iluminado por la luz que irradia de la cruz de Jesús. Se trata de la cruz del que comprendió que algo fuera de este mundo sucedía en el calvario. La cruz del que decidió salir de los muros de su orgullo y arrogancia para ir al encuentro de su misión y hacer una contribución notoria para la edificación del reino de Dios. Este personaje de la segunda cruz dejó un ejemplo de lo que significa salir con Cristo llevando su vituperio.

Se dice que en una pared de la antigua Roma se encontró una caricatura donde aparece la figura de un hombre con cabeza de asno colgado de una cruz y al pie de la cruz aparece dibujado un joven con sus manos levantadas adorándolo. Sobre la caricatura hay una escritura que dice: “El adora a su Dios”. Esta pintura, aunque hecha por paganos que pretendían mofarse del evangelio de Cristo, describe claramente el significado de lo que la cruz del arrepentimiento representó en el Calvario. Es la cruz de la persona que se identifica con su Dios y Rey aunque este Dios sea un moribundo. ¿Un Dios crucificado? No tiene sentido; pero, a pesar de ello, es la expresión más sublime del amor!

La tercera cruz es la cruz de la redención. “Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:43). Es muy triste ver personas que no están dispuestas a perdonar, ni a apoyar para que se manifieste misericordia a otros. Me pregunto qué sucedería si Timothy McVeigh se encontrara con Cristo antes de su ejecución y su corazón se quebrantara en arrepentimiento y aceptara la oferta de misericordia de Dios. Es posible que alguna persona protestara y dijera: él no merece misericordia! Y ¡tendría razón! Lo interesante de todo esto es que: ¡Tampoco nosotros merecemos la misericordia de Dios! Por eso, todos nosotros deberíamos

hacer nuestras las palabras del himno que dice: “las manos padre extendiendo a ti mi fiel ayuda sé. Si tu no cuidas ya de mi a quién y a dónde iré. Yo creo que en el Gólgota Jesús por mí murió y con su sangre del pecar a mi alma libertó”. ¿Quisieras tomar tu cruz y salir esta mañana de este lugar siguiendo a Cristo de la manera como lo siguieron los grandes héroes de la fe quienes murieron sin haber recibido lo prometido pero mirándolo de lejos, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra, porque esperaban la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios? Si es esa tu voluntad, te invito a que, permaneciendo sentado, cantes las estrofas del himno que aparece impreso en el programa.